

# La guerra de la memoria

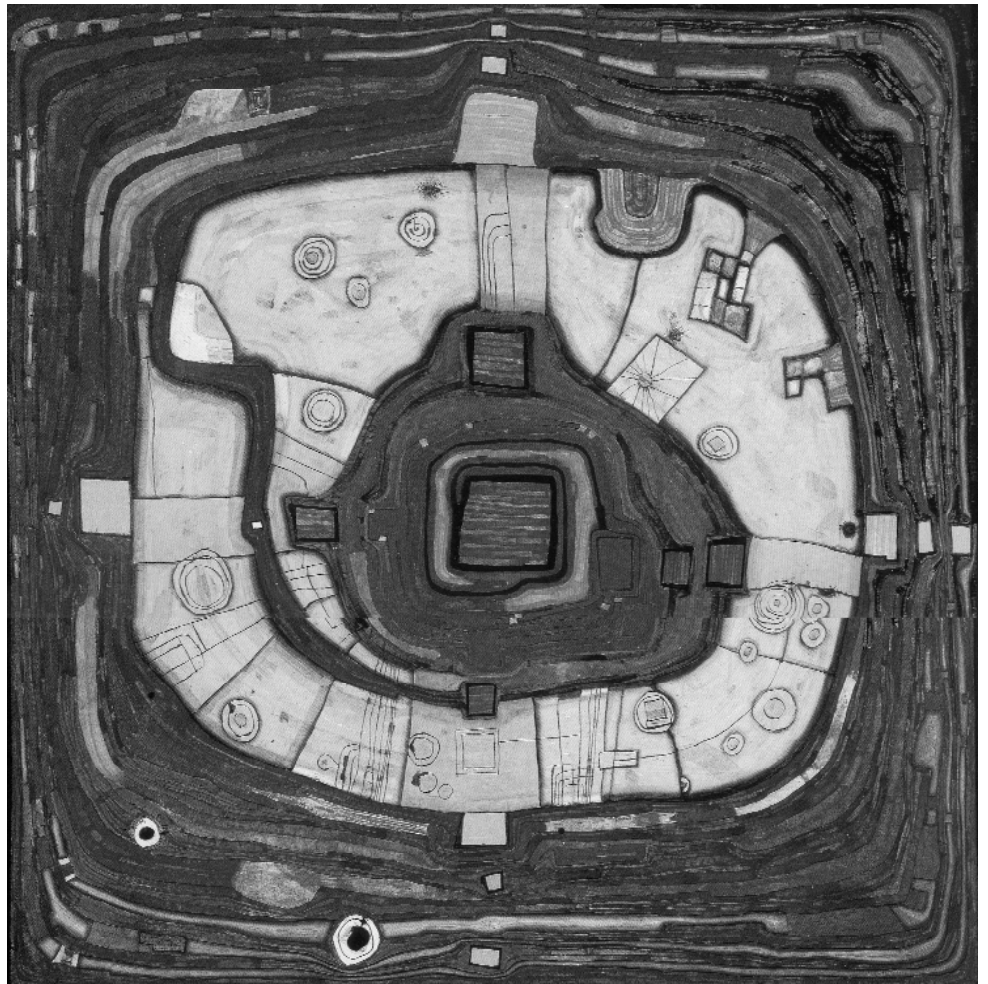
José Gordon

En la inquietante película *Memento* del director Christopher Nolan, nos confrontamos con el problema de cómo recuperar nuestros recuerdos. El personaje central no puede retener ni siquiera lo que pasó hace unos minutos. De hecho, tiene que tatuar su cuerpo con información, con datos que le ayudan a seguir la pista de un misterio que le acecha: las únicas imágenes del pasado ancladas borrosamente en su memoria se vinculan al asesinato de su esposa.

La represión de la memoria es un mecanismo de defensa que nos protege de una experiencia dolorosa y devastadora. El trauma queda enterrado en alguna capa del cerebro, se bloquea de una manera completa para permitirnos sobrevivir. Sin embargo, aquí y allá se escurre la información prohibida en sueños, en las resonancias perturbadoras de un sonido o de una imagen que empieza a despertar el recuerdo.

De esta forma se recuperan importantes testimonios sobre aquello que se quiso olvidar, desde la escena terrible de un crimen hasta el abuso sexual por parte del propio padre. Veinte años después del trágico hecho, una terapia, por ejemplo, puede abrir la caja de la memoria reprimida. Esta información se vuelve clave en juicios criminales. En ciertos casos ha sido la base de la demostración de culpabilidad.

A mediados de los ochenta, cuando este fenómeno se hizo del dominio público en Estados Unidos, comenzó a suceder algo extraño, salió a la luz una oleada de testimonios de niños que en un principio no recordaban el abuso al que habían sido sometidos. Sin embargo, unas sugerentes preguntas destaparon las terribles memorias: sus maestros los habían violado con cuchillo en mano; los habían amarrado desnudos a



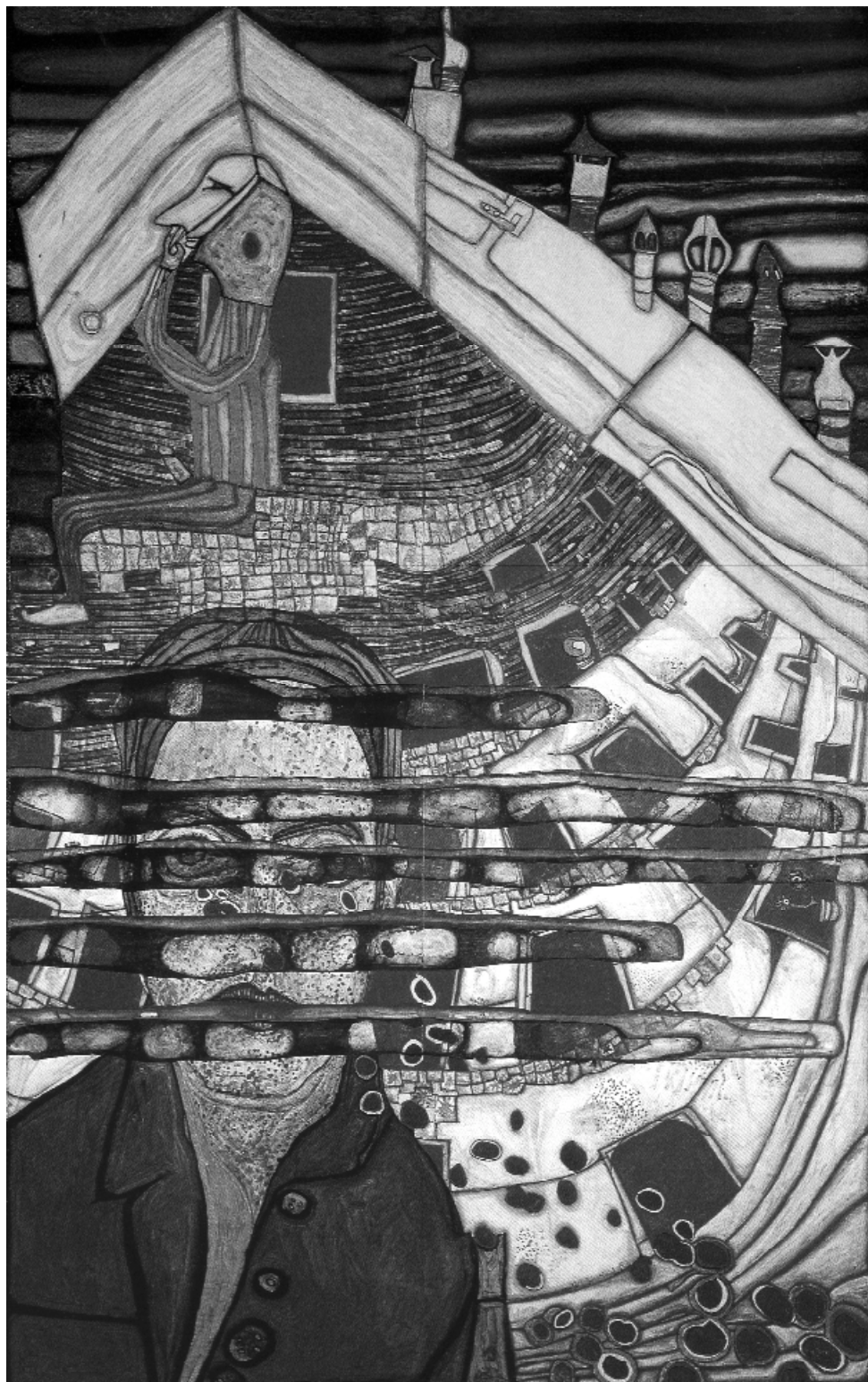
Friedensreich Hundertwasser, *The small way*, 1991

un árbol; los habían forzado a ver cómo torturaban animales.

En una segunda oleada, aparecieron casos de adultos que habían recuperado la memoria de rituales de abuso satánicos o sexuales, información reprimida desde la infancia. Cientos de juicios se basaron en estos recuerdos. Una ola más —que no ha llegado a los juzgados porque no se ha logrado que comparezcan extraterrestres—, tiene que ver con numerosas personas que reportan secuestros en *ovnis*; una memoria traumática refrenada por años.

## LA INFLACIÓN IMAGINATIVA

La doctora Elizabeth Loftus, psicóloga experimental de la Universidad de Washington, ha cuestionado precisamente la fragilidad y maleabilidad de la memoria. Su trabajo se ha centrado en mostrar que los testimonios de personas que estuvieron en el lugar del crimen no tienen la confiabilidad de una videocámara. Las preguntas, las palabras específicas que se usan en torno a un juicio tienen una influencia significativa en la memoria.



Friedensreich Hundertwasser, *Mourning Schiele*, 1965

El poder de la sugerencia puede nublar la línea divisoria entre la memoria y la imaginación. En uno de los experimentos de Loftus al respecto —presentado en una reunión de la American Association for the Advancement of Science— la investigadora dio a sus sujetos una lista de cuarenta posibles sucesos de la infancia y les preguntó cuántos de ellos efectivamente les habían acontecido. Después de dos semanas, les pidió que imaginaran que realmente habían

vivido cierto número de esos sucesos (los que previamente habían identificado como aquellos que no ocurrieron). Podemos hacer el experimento en forma paralela e imaginar con ellos la vez que nos caímos y rompimos una ventana con la mano; aquella ocasión cuando encontramos en el parque un billete de cien pesos, o ese día nublado cuando nos rescataron del mar.

Posteriormente, se les dio nuevamente a los sujetos la lista de los cuarenta proba-

bles sucesos de infancia y se les preguntó cuáles habían experimentado. Al compararla con las respuestas previas, Loftus encontró que el acto de imaginar durante un minuto que algo había sucedido tenía un efecto en un número significativo de sujetos: ahora se acordaban de algo que antes estaban seguros que no habían vivido. Varios estudios han confirmado este tipo de efectos. A este fenómeno Loftus le denomina la inflación imaginativa.

Exponer la fragilidad de la memoria ha sido la causa de que en algunos juicios al culpable finalmente se le encuentre inocente después de varios años de cárcel (“Usted disculpe, pero es que no me acordaba bien”).

Estos estudios sin duda nos hablan de las trampas del recuerdo. En la película *Memento* ésta es justamente la clave: en la búsqueda de la verdad, ante la impotencia de ver cómo se desvanece la memoria inmediata, nos olvidamos que el único recuerdo que le queda podría ser falso. La memoria es maleable.

Demos ahora una vuelta de tuerca: ¿qué pasa en los casos en que algo realmente sí sucedió? Estamos ante la guerra de la memoria.

A la misma investigadora Loftus, quien ayudó a develar el mito de la memoria reprimida, le tocó vivir en carne propia la difícil batalla de confrontar la incertidumbre alrededor de un trauma:

Cuando cumplió cuarenta y cuatro años, en una reunión familiar, un tío le informó que fue ella la que descubrió el cuerpo de su madre cuando ésta se ahogó. Hasta entonces, Loftus recordaba muy poco sobre esa muerte. Repentinamente, regresó la memoria en forma asombrosamente clara y vívida.

Días después, su hermano le llamó para decirle que el tío se había acordado que quien encontró el cadáver realmente no había sido ella sino una tía. Las memorias recobradas de Loftus no eran tales. Incluso la mente escéptica de la investigadora había caído en la trampa. Sin embargo, en otra vuelta de tuerca, uno no puede dejar de preguntarse sobre la fragilidad de la memoria del tío. [1]